



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

CAVALLERIA RUSTICANA



—¿Quiés que te pase el brazo por el talle pa ayudarte á llevar el cántaro?

—¿Quiés que te le rompa yo en los morros?

—¿Te enfadas por eso? Pues haremos too lo contrario, vaya. Yo te llevo el cántaro y tú me ayudas á mí pasándome el brazo por la cintura. ¿Quiés eso?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Lais Taboada.—Mentiras de la industria, por Eduardo Bastillo.—La viuda del imperfecto, por Juan Pérez Zúñiga. Carta, por José Jackson Veyan.—Encerrados y sueltos, por Manuel Ossorio y Bernard.—Las damas de la duquesa, por José Estremera.—La noche triste, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—En el árbol, por Sinesio Delgado.—Humoraditas, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Cavallería rústicana.—Los guantes.—Anuncios, por Cilla.



Los últimos hundimientos no han ocasionado víctimas.

De una casa de la Carrera de San Jerónimo se desprendió el lunes una cornisa, precisamente cuando pasaba por debajo un matrimonio malavenido; pero los esposos resultaron incólumes, cosa que á él le molestó bastante, porque hubiera deseado quedarse viudo allí mismo.

—¿No te ha pasado nada?—decía á su mujer, de vuelta en el domicilio conyugal.

—Nada absolutamente—contestaba ella.

—Pues has perdido una ocasión magnífica para morirte. Puede que no se te presente otra en mucho tiempo.

¡Siempre el contraste!

Este esposo está muy contento porque muchos edificios amenazan ruina, y en cambio hay otros maridos que llevan á sus mujeres por mitad del arroyo, temiendo que se desprendan un cascote y las aplaste.

En esto de los matrimonios se ven cosas muy raras. Á mí me decía un marido la otra noche:

—Mire usted, yo soy feliz y no tengo queja de mi mujer, pero si Dios me la llevara, ¡qué favor tan grande me haría!

—¿Por qué?

—Porque estoy cansado de verla y me aburro. ¿Cree usted que no es horrible eso de tener delante la misma cara por espacio de dos lustros y medio?

—Pues sepárese usted.

—Eso tampoco. Lo que yo quisiera sería que se me muriese buenamente.

Este marido no puede resistir la presencia de su esposa y se pasa la vida alejado del hogar. Algunas veces, y á fuerza de ruegos, ella consigue que el esposo la acompañe al teatro, y entonces es cosa de verle á él, con la cara fruncida, haciendo gestos de disgusto toda la noche. En cuanto bajan el telón ya está saliendo á los pasillos, con pretexto de fumar.

—¡Hola, Fulano!—le dice un amigo.—¿Qué le pasa á usted? ¿Está usted triste?

—¿No lo he de estar, si vengo con mi señora? Yo la tengo cariño, ¿sabe usted? pero...

—Comprendido. Las mujeres siempre estorban.

—¿Que si estorban? Dígamelo usted á mí. Vaya, abur. Me voy al patíbulo.

Y el marido desgraciado tira la colilla y se vuelve á la butaca, para acompañar á su esposa, que le dice cariñosamente:

—No me gusta que me dejes sola.

—¿Por qué?

—Porque hay un joven rubio, con una nariz muy bonita, que no hace más que dirigirme miradas.

—¡Valiente majadero!

—Eso digo yo; pero puedes estar tranquilo.

—Sí, sí; ya lo sé.

Casi todas las esposas que se encuentran en el caso de ésta sue-

len tener mamá consejeras que les marcan una línea de conducta y les dicen á cada paso:

—Mira, hija, á los maridos hay que tratarlos con mucho cariño para que no duden nunca de la fidelidad de sus esposas. Sé con el tuyo lo amable que puedas, para que no se extravíe.

Y animadas por este consejo, nacido en el corazón de una madre amorosa, las casadas extreman sus atenciones para con sus maridos hasta empacharlos.

—Chuchulín, ya no me quieres como antes.

—Sí, mujer; te quiero lo mismo.

—No, tú no eres el Chuchulín de otros tiempos.

—No seas tonta.

—Ven, dame un besito en este ojo.

—¿En cuál?

—En el derecho, para que se me quite la pupa.

Algunos besan para acabar cuanto antes, pero otros se ponen de mal humor y hasta se permiten dirigir alguna frase poco correcta á sus esposas, lo cual produce un escándalo doméstico que se oye en todo el distrito.

Muchos maridos no están conformes con el matrimonio y piensan en la viudez con cierto júbilo reconcentrado; pero otros aman con pasión loca á las compañeras de toda su vida, y ante la idea de que pueden quedarse viudos sufren lo indecible y pierden las ganas de comer y de todo.

Por regla general, nunca existe por ambas partes la misma fuerza amorosa; á la que es la misma, los maridos enamorados tienen esposas indiferentes, como una que vive cerca de nuestra redacción y á quien oímos decir á cada paso:

—¡Jesús, Manolo, qué pesado te pones! To he dicho que sí, que te quiero como antes.

—Pues repítamelo muchas veces, ciclín.

El hombre está chiflado completamente y sólo ve por los ojos de su esposa y de su mamá política.

—Manolo—le dice cualquiera de las dos,—sácanos á paseo.

—Manolo, llévanos al teatro.

—Manolo, sube.

—Manolo, baja.

—Manolo, vete por seda negra.

Y Manolo obedece como un perrillo falero.

Cuando llega el verano, ellas se van á una playa á divertirse y él permanece en Madrid, sujeto á su oficina; pero no puede soportar la ausencia, y todas las tardes á la hora del crepúsculo vespertino se le apena el ánimo y llora delante de la criada.

—Vamos, señorito, tenga usted valor—le dice ésta para tranquilizarle.

—No puedo, Paca—contesta él.—Cuando llegan estas horas y me veo sin mi Matilde, no sé lo que me sucede.

—Salga usted un ratito de paseo.

—Me sería imposible. Por la tarde lo paso menos mal, porque me dedico á los expedientes; pero en cuanto salgo de la oficina, me entra un abatimiento que me mata.

Este Manolo es uno de los mejores maridos que hay en España; en cambio su mujer siempre le está poniendo defectos y echándole en cara sus imperfecciones físicas.

—¡Pero hombre!—le dice á lo mejor.—¿Cuántas espinillas te salen en la nariz!

—Sí—responde él humildemente.—En cuanto llega el calor se me llena toda.

—Pues hazte algún remedio, porque no me gusta ir contigo de esa manera.

—¿Qué quieres que yo le haga?

—Que te las quites.

La mamá política contribuye á escarnecer á Manolo, diciéndole de vez en cuando:

—No te ofendas, hijo mío, pero tienes unos ojos que parecen dos huevos estrellados.

—Ya lo sé, señora.

—¡Anda, anda! Ya empieza á caérsete el pelo. ¡Pues vas á estar bonito dentro de poco!

Y Manolo continúa adorando á su mujer y á su suegra y diciendo á sus compañeros de oficina:

—¡Oh, el matrimonio! ¡Qué vida tan agradable!

—¿De modo que eres feliz?

—Felicísimo: tengo una esposa que no me la merezco.

—¿Y tu suegra?

—Mi suegra es un verdadero ángel.

Para matrimonio modelo, uno que suele ir al café de la Corredera por las noches.

—¿Qué vas á tomar, Jenara?— pregunta el esposo.

—Cerveza— responde la esposa.

—No me da la gana— replica él.

—No seas bestia— contrarreplica ella.

—¡Animal!

—¡Salvaje!

—¡Bruto!

—¡Indecente!

Y acaban por levantarse y salir del establecimiento echando demo-nios; después llegan á casa, y ¡chafada limpia!..

En fin, un matrimonio de los que están esperando todos los días que haya hundimientos.

LUIS TAROADA.

(Prohibida la reproducción.)

MENTIRAS DE LA INDUSTRIA

De Dios un santo elegido
decía muy santamente
que «justifica los medios
el fin,» y si el fin que tienen
con sus industrias los hombres
es llegar á enriquecerse,
medios justos serán todos
los que, por lograrlo, intenten.

Si es la mentira en la industria
el recurso más corriente,
y corre, en tono de estufa,
por delante de las leyes;
pues en públicos anuncios
los hallamos diariamente,
ahí va, lector, un puñado
de mentiras *ingenieras*.

¿Qué apóscifa mantecada,
que empapelada se vende,
no es ya de las que en Astorga
los famosos hornos carcean?

Mucha fresa que tú comas,
en tren de Valencia viene,
y, puesta en venta, es legítima
de Aranjuez precisamente.

Pasan por pasas de Málaga
las de viñas de Tembleque,
y vinos gallegos lucen
etiquetas de Jerez.

¿Te anuncian higos? De Fraga,
jamón? Del mismo Treveles.
¿Chorizos? De Candelario.
¿Queso? Del rico de Chéster.

Pídeslos, págaslos, cómeslos,
y, antes que se te indigesten,
mascando estás las mentiras
que hasta á la nariz trascienden.

Compras lanillas ó paños
con marca y precio de ingleses,
y un traje gris en dos horas
el sol te lo pone verde.

Si sale un tenor de Cuenca
se hace paisano de Verdi,
y algún llamado García
ya es Garciani en los carteles;
aunque el navarro Gayarre
dejó escrito para siempre
que hubo un rey de los tenores
sin *nota, ni ni ni*.

Conozco andaluz dentista
que, pegue bien ó no pegue,
se proclama *americano*
por *recuento* de los dientes,
sin ver que en este periódico
anúnciase un Tirso Pérez,
al que sólo su buen nombre
le conquistó los clientes.

Y esto, y aquello, y lo otro,
preciso es que nos enseñen
á temer la *aña del gau*
si ir á comprar la liebre.

¿De qué les sirve *la trucha*
á los coleadores peces,
si se trapan el anzuelo
cuando la carnada muerden?..

EDUARDO BUSTILLO.

LA VIUDA DEL IMPERFECTO

¿Tú qué quieres, amable Purita?
¿De mi pluma qué diablos aguardas?

¿Tú no sabes que yo no *chanelo*
de brisas y flores, penumbras y gasas?

¿A qué quieres que yo te acompañe,
pluma en ristre, á la *funebre estancia*
donde está patrefacto en la tumba
durmiendo la siesta tu esposo del alma?

¿Qué pretendes? ¿que escriba en su losa
mezcla cursi de besos, guadañas,
nubecillas, tinieblas, angustias,
crespones, recuerdos, cipreses y ranas?

¿A qué tanto gemir por el muerto?

¿A qué dar á los vivos la lata,
si me consta que el picaronazo
tenía más líos que adarme pesaba?

¿Seca, seca tus ojos! Mis labios
te prometen servir de toalla.

¿Ten en cuenta que aquel que has perdido
no puede estar hoy más perdido que estabas!

No te acuerdes del *funebre sauce*,
ni del son de la ronca campana,
ni del buho que del cementerio
con harto mal gusto traspone las tapias,
y el importe de flores y cintas,
farolitos, letreros y palmas
gástalo en convidarme á pasteles
ó á ricas chaletas con muchas patatas.

No te aflijas, pues más de una noche,
cuando no se aperciba ni el guarda,

cuando dejen los muertos sus nichos
y bailen en corro la *Danza macabra*,
muy posible es que el *pérfido* esposo,
sin pensar en tus penas amargas,
con alguna difunta *de butes*

se pase las horas pelando la pava.

Deja, pues, que te seque los ojos,

y á la tumba del muerto no vayas.

¿Qué te importa que el buho le chillaba?

si en vida el que pudre también te chillaba?

¡Quiéremel! Pero no se te ocurra

que me case contigo, ni en chanzas;

porque entonces te mando á la porra

y al buho te entrego... y allá te las hayas.

Conque sigue llorando, si quieres,

mas no olvides, Purita del alma,

que te quiero secar con mis labios

las gruesas narices que el llanto te baña.

II

«mi cerido Guanito; sol dévil.

con la Pena no bestoy para Nada.

No mentregues al bío. Soi tulla

y hespero el Secante.

Purita Mandanga.»

III

Poco tiempo después... un cuartito

donde el diablo mantiene dos almas;

un difunto relleno de bilis

y un bullo que dice: «¡Caramba, caramba!»

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

CARTA

A MI BUEN AMIGO JACOBO CALERA,

PREFENTE Y PREFERIDO ENTOR GRABADINO

De una mancha de color
promesa hiciste á un autor,
y es deuda lo prometido;
conque á cumplir lo ofrecido,
querrellísimo *dendur*.

¿Bien sé que te ha de faltar
el tiempo para pintar;
pero, Jacobo, el que debe
no come, *vive ni debe*
hacía que logra pagar.

Deja el amor desdichado
y sus continuos reproches.
Deja *las juergas* á un lado
y acuéstate por las noches,
y pintarás descansado.

«Trabajar para vivir.»
Nuestra obligación es ésta
y tú la debes cumplir.
¿Te figuras que no cuesta
trabajarlo el escribir?

Estás en la obligación
de pintar, mal de tu grado;
¿ó es que piensas, gran bribón,
que *sin réditos* te han dado
un *caudal* de inspiración?

Del arte en la rica esencia
has de cifrar tu existencia.
Trabaja, gandul amigo,
que estás en deuda conmigo
y hasta con la Providencia.

La distracción no te quite,
mas distráete un ratito,
y del día en los albores
salte á ese campo bendito
con la caja de colores.

Roba al sol vivos reflejos
y al barro claros espejos.
¡Droten flores del pincel
y aspiraré desde lejos
los perfumes del verjell!

La luz que en tu cielo brilla
copiarás á maravilla
de una franca pincelada,
y veré el sol de Granada
en la coronada villa.

Retrata el moro castillo
que en lo alto infunde respeto,
y la vega y el sotillo,
y el *último ventorrillo*
del *carriño de Hueto*.

A tu cuadro sorprendente
daré un lugar preferente.
Por los paisajes me muere,
y yo en mi despacho quiero
mucha luz y mucho ambiente.

¿A ver si el arte dominas
y á ver si á la gloria subes
con tus alas peregrinas...
¿Dame flores sin espinas
y dame cielo sin nubes!

¿Dame una nota elocuente!
¿Dame el cuadro abocetado
donde luchan frente á frente
las grandezas del presente
con las glorias del pasado!

Cumple tu oferta sagrada
y sé un moderno Boabdil,
entregándome Granada
en una tabla esmaltada
con las perlas del Genil.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

ENCERRADOS Y SUELTOS

Mal impresionado acababa de salir de la visita hecha al manicomio de Ciempozuelos, donde había tenido ocasión de observar las infinitas fases de la humana locura, cuando me encontré de manos á boca en la Carrera de San Jerónimo con un antiguo amigo á quien no veía desde mucho tiempo antes.

—¿Tú en Madrid!— le dije.

—¡Sí! Y de esta vez espero que sea definitivamente.

—¿Te trae algún asunto grave?

—¡Ya lo creo... como que soy diputado! Algunas protestas trae mi acta; pero esto mismo me facilitará que puedan apreciarse en la comisión mis dotes oratorias. Una vez admitido, pediré la palabra todos los días; promoveré una disidencia antes del mes, seré jefe de grupo á los tres meses, y no terminará la legislatura sin que jure el cargo de ministro. Creo inútil añadir que, una vez consejero de

LOS GUANTES



¿Cómo se llevarán los guantes? ¿Blancos ó negros?



¿Qué guantes habrá que llevar á esa reunión? ¿Negros ó blancos?



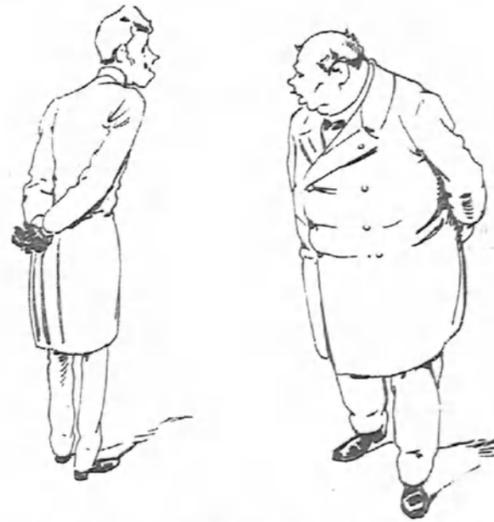
Lo mejor será llevar puestos los negros y á prevención en el bolsillo los blancos.



Llevaré puestos los blancos y guardados los negros. Allí verá...



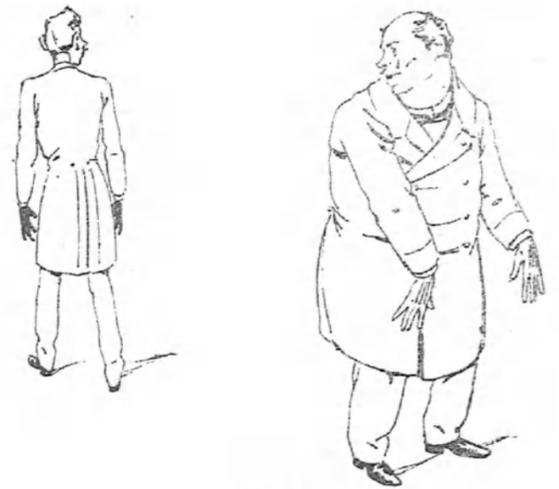
No encuentro á nadie. Daré una vueltecita. ¡Ah! Allí viene un caballero.



Aquí hay uno, veremos cómo son los que lleva puestos.



¡Blancos!



¡Negros!



En este rinconcito me los cambió en un santiamén.



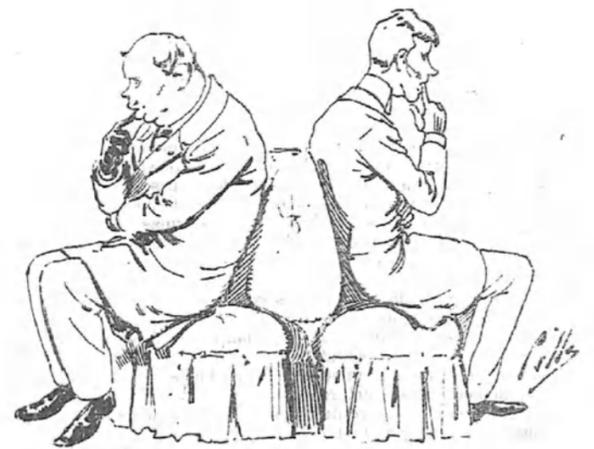
Me mudo en un momento, y...



¡Cielos! ¡Ahora los lleva blancos!



¡Caracoles! ¡Ahora los trae negros!



¿Se podrá saber cómo hay que traer seuf los guantes?

la corona, haré una verdadera revolución en el ramo que se me confie; trabajaré contra el jefe del gabinete y le reemplazaré enseguida. Lloverán sobre mi pecho todas las grandes cruces de todas las grandes potencias; lograré tantas riquezas como honores; convertiré en cuádruple la triple alianza, y después... ¡quién sabe!... las monarquías modernas están todas vacilantes y las repúblicas necesitan de grandes caracteres si han de arraigar...

Pero yo no escuchaba á mi amigo, fijo el pensamiento en un infeliz de los aislados en Ciempozuelos, por su monomanía de grandezas.

Para despedirme del futuro presidente de la república aproveché la oportunidad de ver pasar á mi compañero de colegio el poeta X, tan abstraído y melancólico como siempre.

—¡Mala cara tienes!— dije á éste.
—Y no creas que sin motivo. ¿Te acuerdas del drama que te dije estaba escribiendo acerca de la corte de Carlos IV?

—Algo recuerdo...
—Pues bien, tuve la debilidad de hablar de él á un cómico, y ya hay en ensayo en el Español otro drama igual.

—¿Y tu comedia de Lara no se representa?
—La están representando con otro título y firmada por otro autor. Como la dejé á los actores...

—Pero, hombre, es extraño...
—Pues si fuera á decirte todo cuanto me ocurre! He mandado un artículo á *La Ilustración*, y dicen que se ha perdido; otro que envié al *Madrid Cómico*, no puede publicarse porque «da la casualidad» de que tienen otro análogo, y ¿qué más? pensaba haber publicado un poema sobre el descubrimiento de América y, entre los ya publicados y los que se anuncian con idéntico asunto, pasan de treinta. Creo que existe contra mí en el mundo literario una verdadera persecución. Pero ¿en qué piensas, que no me escuchas?

—Sí que te escucho; y pensaba en que hace poco he visto un caso como el tuyo, la manía persecutoria, en un pueblerillo próximo.

—Adios, compañeros—nos dijo en esto otro amigo.—no puedo detenerme.

—Pues ¿adónde vas?
—Al frontón: juegan Tandilero y Gamborona, y promete ser el partido un acontecimiento.

—¡Ya!
—¿Y no sabéis lo del día? Que en Denstó han sido derrotados el Chiquito de Eibar y el Chiquito de Abando por Portal y Navarrete. Quedaron en 36, pero es así mi ra? A mí no, porque en las canchales se cuece pronto y el Chiquito no es más que una milina. ¿Y el partido de ayer aquí? ¿No os enterasteis? Tomad, tomad, que no puedo detenerme.

Y nos alargó ejemplares de un periódico en el que se veía para los aficionados el siguiente clarísimo cuadro:

Y apenas se había alejado el entusiasta por el pelotarismo, se me acercó otro tipo no menos curioso: Frasquito Coleta.

—¿Te vienes á los toros?—me preguntó.
—No me es posible.

—Haces mal, porque va á haber carne... Toma la alternativa el *Galiche*... ya ves, el *Galiche*, que no tiene otra alternativa que irse al otro mundo ó al hospital por toda la siega. ¡Qué brazo izquierdo de madera! ¡Qué piernas de azogue! ¡Qué bailar delante del toro! ¡Qué estocadas á la atmósfera! ¡Qué trazo arrastrando siempre como un felpudo!... Te digo que el toreo está perdido... Pues ¡y la cuadrilla del maestro! Parece una partida de bandoleros al divisar la guardia civil... Luego, ni los toros de hoy pasan de ser unas habositas, ni hay presidencia, ni aficionados, ni crítica, ni dirección del rondo, ni nada... Conque, ¿no vienes resueltamente?

—Resueltamente no voy.
—¡Ah! Ya lo comprendo... Tú esperas ver al nuevo diestro desde aquí, cuando el toro le lance á los aires. Bien pensado... Así disfrutarás del espectáculo sin dar ganancia á la empresa... A la empresa... ¡A cualquier cosa llaman empresa!

Y mi amigo Frasquito Coleta subió á un coche de punto que le aguardaba, diciendo al conductor:
—¡A la plaza á escape... reventando al caballo y á todos los transeúntes que se pongan por delante!

Yo me guardé mucho de ser uno de ellos, y dejando al fanático por la tauromaquia, tomé por la calle de Sevilla con dirección á la de Alcalá.

Por la acera de enfrente iba Eduardo Vélez siguiendo á una muchacha, según su costumbre. En aquella hora del día pasarian ya de diez ó doce las seguidas y encerradas por él en sus casas ó talleres.

El terrible conquistador no cuenta un solo triunfo amoroso; pero lo que es aburrir á las mujeres, bien las aburre. (Qué solita va usted!... ¿Quiere que la lleve el fo?... ¿Necesita usted un paje?... ¿Va usted muy lejos, alma mía?... Tales son sus avances reglamentarios, siempre seguidos de mal éxito, pero de escarmiento jamás.

Junto á la puerta del Suizo disputaban de política dos individuos con acaloradas frases y acción que anunciaba próximos y más contundentes argumentos; por la calle de Alcalá pasaba corriendo en un velocípedo otro amigo mío, seguido de un compañero de pedál y expuestos ambos á romperse el espinazo en aquel comprometido *sport*; más adelante, junto al teatro de Apolo, había cola para tomar billetes, disputas para lograrlos y primas exorbitantes á los reyen dedores, y en la entrada del Prado, apoyado contra la estatua del marido de la Latina, vi á un infeliz, empeñado en dos empresas imposibles: hacer arder un cigarro de la Compañía Arrendataria y usando para ello cerillas de la empresa monopolizadora. ¡Un verdadero colmo!

Y yo, que horas antes, en Ciempozuelos, había exclamado compasivamente: ¡Cuántos hay encerrados! no pude menos de añadir para mis adentros: ¡Pues no es nada los que están sueltos!...

M. GOSORO Y BERNARD.

LAS DAMAS DE LA DUQUESA

Hay remedio de la sierra, sobre gigantescos rocas, un castillo del que nunca tuvo noticia la historia. En él vive retirada la duquesa de la Alfranca, señora de fuerza y cachillo muy noble y muy poderosa. Ocho profetas á los nombres por ciertas tristes memorias de yo no sé qué aventuras y yo no sé qué deshonras. Ello es que en aquel castillo no hay guardacostas, ni hay escuela, ni menagerio, ni grandes hombres, de raras ni boca. Solo guarda aquel retiro siete doncellas hermosas, y á ellas todas todas dichas convecejas en negras tocas. Han porvenir las cosas á todas aquellas cosas, pues la duquesa son buenas puestas para entre otras. Esto les ha sucedido muchas veces, con la sola condición de que á los hombres odian como ella los odia. En cambio, si alguna de ellas de algún hombre se enamora, alcanzá, en vez de cárcel, la prisión ó la potota. Un hombre van solamente en aquel castillo mora, pero es tan mozo, que apenas el bozo á su cara asoma. Por paje de la duquesa pasa allí, más cierta crónica dice que es fruto de amores que mucho ocultar imparla. Pero como es aún tan niño, su presencia no se nota y en el castillo le juzgan doncella como las otras. El pajeillo inocente contento vive entre todas y con ellas juega y canta y con ellas reza y borda. Creyéndole la duquesa una inocente paloma, ni le oía ni le espía, ni l libertad le acorta.

—¡Mi Garcés, mi hermoso paje!
¡Qué breves pasan las horas escuchando de los labios esas frases cariñosas!
Aquí, bajo el verde sauce que el lago alimenta y moja,

con las ramas por techumbre y la perla por alfombra, y con un doquel al lado que como tú me enamora, ni necesito más bienes, ni puedo tener más gloria. —Si la duquesa lo sabe! —Y que lo sepa, ¿qué importa! —E; que temo que nos haga gemir en una mazmorra. —Poco importa que me quite la libertad, si no logra quitarme de estos amores la tierra y dulce memoria. —Algún día, si no hay duda. —¿Es verdad?

—No, es la duquesa. Va se acordó. —Nas ha visto! Tal vez lo vea á las otras. Y como al amor el hombre tal odio profesa todas... —¡Qué! ¿Probes de novatral! ¡Dios confesadas nas cosas!

—¡Qué! ¿Probes de novatral! ¡Dios confesadas nas cosas!

—Vamos á ver, hoy más puesto que, según se cuenta, una historia á mi paje, querchantando la púdica ley que á todas nos enla en nuestro provecho y honra, y puesto que como á mí la aventura ó abuchorno y la indignación os ciega y horrible pena os agobia, ¿qué harías en mi lugar? —Pues nosotros, gran señora, queremos bien á Beatriz; si tú su error le perdonas, veremos todas contentas que sale de la mazmorra. Pero todas pensamos que es injusticia notoria que en este triste castillo no haya pajes para todas.

JOSÉ RIVERA.

LA NOCHE TRISTE

—Por fin llegó el intermedio. Rendido estoy de bailar. Al buffet, ven á cenar. ¡Cómo que no! ¡No hay remedio!

Desahrente ya, chiquilla, esa cara regordeta... Va verás, juega completa, mariscos y manzanilla.

Mira, siéntate á mi lado
y quítate el antifaz.
¿Cómo? ¿Que te deje en paz?...
¡Si es que estoy enamorado!
En catiñoso embeleso
déjame, niña preciosa,
que en esos labios de rosa...
¿También me niegas un beso?
Al compás de esa habanera
que tocaba Camínals...
¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué era un vals?
Bueno, mujer, lo que fuera,
me prometiste una cosa
que yo no he dado al olvido.
¡No me lames atrevido!
¡Cuidado si eres juiciosa!
Levanta un poco no más
la carota... ¡Soy feliz!
¿No te gusta la perdiz?
Mozo, langosta, foiegrás...
¿Ostras también? ¿Y percebes?
¡Vaya unos ojos divinos!
¿Jamón? Jamón. ¿Langostinos?
Están malos, no los pruebes.
Tienes un pje chiquitín
y unas manos de duquesa...
¿Te sirvo más mayonesa?
¡Yo siempre voy con buen fin!

¿Perdite á ti cuentas? ¿Quién!
No abrigues ningún temor.
¿Qué eres casada? ¡Mejor!
¡Si es que yo lo soy también!
Anda, prueba ese jamón...
¡Deliciosa! ¡Encantadora!
Pues si está tu esposo ahora
cumpliendo su obligación...
¿Mi parienta? ¡Me revienta!...
No desdeñes mi consejo.
No, por Dios, no soy tan viejo.
Anteayer cumplí cuarenta.
Acércate más. Extraño
que me trates con desvío.
¡Que te calles! No me fio.
No lo creas... te acompaño.
¿Vas á armarme otra querrela?
No mujer, si yo no he dicho...
No seas tonta... es un capricho.
A ver, mozo, otra botella.
Vamos, no me desesperes.
Eres atroz. ¡Dale, bola!
¡Mira que marcharte solal...
Imposible. ¡Que si quieres!
¡Llamas al sereno? Bueno.
¿Que el sereno es tu marido?...
Muchas gracias. ¡Me he lucido!
Muy buenas noches, sereno.

E. NAVARRO GONZALVO.

EN EL ÁRBOL

Ingrata jilguera
(deca un jilguero),
¡qué dura es la infame
traición que me has hecho!
¿Te busqué yo acaso?
Bien saben los cielos
que libre volaba
por bosques y huertos,
sin más enemigos
terribles y arteros
que el águila arriba
y el hombre en el suelo.
¿Por qué á esos peligros
de que hayo y que temo
se unió el de tus ojos
brillantes y negros,
que siempre acechando
mostrábanme tiernos
la extraña dalzura
que tienes en ellos?
¿Por qué hasta mi nido
venías, haciendo
con giros graciosos
y rápidos vuelos
las plumas brillantes
que cubren tu cuerpo,
que amoroso besa
con delicia el viento?
¿Por qué de tus cantos
traíame el eco
los más cariñosos
y dulces gorjeos?
En ganarme el alma
pasiste tu empeño.

para con desdenes
heríame luego.
Cuando yo, engañado
por tus embelesos,
por amarte vivo
y en amor me quemó.
tú, imposible, pagas
mis halagos tiernos
con indiferencia
rayana en desprecio.
Que en la red me cojan
ó al romper el vuelo
me destroce un ala
perdigón certero,
por traición lo tomo,
pero no me quejo,
porque así nos matan
y morir habemos.
Pero que asesinen
unos ojos negros
que el amor alientan
con un fin siniestro,
¡eso ya es un crimen
que castiga el cielo!
¡jilguera, no sabes
el mal que me has hecho!
Bajo el ala el pico
y esponjado y hueco,
sólo ya la calma
de la muerte espero.
¡Todas sois iguales!
Bien visto lo tengo.
¡Pájaras por fuera!
¡Mujeres por dentro!

SINESIO DEFOADO.

HUMORADITAS

¿Que juramos casarnos y he faltado?
¡La que falta eres tú!... Yo estoy casado.

Desco de corazón
el ser cura, confesarte
y darte la absolución...
por tener algo que darte.

Cuando voy de paseo con mi amada,
¡valiente papel hace la criada!

Soy un Tenorio terrible.
¡Tengo veinte cardenales
y catorce cicatrices!

Con la mujer, igual que con el vino,
se toma todo á bronca, si se empieza...
¡y perdemos el tino
en cuanto se nos sube á la cabeza!

Eres poeta *festivo*,
porque en vez de ir á paseo
haces versos los domingos.

Soñé que yo era Adán y tú eras Eva...
¡Ay, no caerá esa breval!

Antes no te quería,
pero hablé mal de ti tu amiga Aurora,
y es lo cierto que ahora
me vas encaprichando, Estefanía.

Alabas el amor puro del alma,
pero yo, que conozco bien tus flacos,
sé que, en vez de enterrarte con la palma,
te enterrarán con palmas... y tabacos.

FEDERICO CANALEJAS.

CHISMES Y CUENTOS

Un orador anarquista, de esos que andan ahora por ahí ofreciendo montes y morenas, ha dicho en un *meeting* de Málaga lo siguiente:
«Organizada la sociedad anárquica, cada uno trabajará por placer, cuando le dé la gana, donde quiera y como quiera.»
¿Por placer? ¡Ay! no me lo hará usted bueno.
Porque quisiera yo saber quién es el ciudadano libre que se va á acostar pensando:
—Ea, mañana me levanto á las cinco en punto para darme el gustazo de traer aconestas desde la estación un baulito de ocho arrobas.

¡Buen año para los acaparadores de trigo!
Tienen de ministro de Hacienda al Sr. Gamazo, que nos está asando á los demás para que ellos no se molesten, y además llueve á tiempo.
Con todo lo cual estará el pan más caro al año que viene.

Libros:
Indicador de Correos, guía para el público, por D. Eduardo Albadalejo. Precio: 1 peseta.
Las varas de la justicia, zarzuela en un acto y en verso, original de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Nieto, estrenada recientemente con gran aplauso en el Teatro Esclava.
Las mariposas, zarzuela en un acto y en verso, de los mismos autores, música del maestro Marqués, estrenada con buen éxito en el Teatro de Apolo.
A B C de la Geometría, manual dispuesto en forma nueva para el mayor aprovechamiento de los alumnos de primera enseñanza, por D. Mariano Estévez y Franco de Souza. Precio: 30 céntimos.
La evolución y la revolución, interesante folleto político, del distinguido escritor D. Jaime Martí-Miquel. Precio: 3 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Juan de Livón.—Hablando francamente, es mala. Se parece á todas las felicitaciones de cumpleaños escritas hasta hoy día de la fecha.
Gil Blas.—Un poquito vulgar. Y me parece que me la había usted remitido antes de ahora. Por lo menos *me suena*...
Sr. D. R. M.—Crea usted que yo desearía dar explicaciones siempre, pero por la nota del número anterior verá usted que es imposible. No recuerdo ni tengo á mano la composición á que usted se refiere.
Señal Zapelo.—¿Que le parece á usted este verso?
«Incendiando ciudades y degollando gente»
Largo, ¿verdad? Pues váyase por los muchos cortos que hay en el mismísimo soneto.
Rinquirín.—Tiene algo de gracia. Pero no está bien hecha, ni mucho menos.
Uno.—Lo que hay es que eso es de una índole tan puramente personal...
Fimpam.—No tiene nada de particular, si no es que la primera seguidilla no es tal seguidilla.
Un chico de Catalunya.—Dejemos en paz á los héroes del dos de Mayo, que hartas décimas les han caído encima.
Sr. D. J. S.—No está mal el artículo, pero no debe usted publicarlo en ninguna parte. Eso es lo que el otro quisiera. Que se ocuparan de él.
Cachiquí.—¡Hombre, á cualquiera saca de sus casillas hacer con quince ripios tres redondillas!
Mons.—Pero ¿le parece á usted que puedo dar explicaciones habiendo tanto majadero en este mundo? ¡Pues aviado estaba!
Sr. D. R. N.—Tiene un inconveniente. Que la hemos leído todos en una porción de almanaques de los que se cuelgan.
Patricio.—Pues mire usted, don Patricio, tengo que arrojarla al cesto, y crea usted que con esto le hago á usted un flaco servicio.
Roque.—No, lo que debe usted hacer este verano es otra cosa. ¡Segar!

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

 <p>Para que los querubos al pisar no se agusten, se pondrán en el cielo baldosas especiales. Escobar Fortuny y C. Alcalá, 16 (Diputación).</p>	 <p>El que quiere usar siempre cazarras buenas, que lo encargue a Martínez cuatro docenas. San Sebastián, 2</p>	 <p>Todo aquel que se case será un bolonio si no compra una cama de matrimonio. Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 1</p>	 <p>Con este par de duros de que dispongo, le compro un hongo. Carretas, 26.</p>	 <p>¿Que sienta trejar después de comer Jerez superior? Viuda Ruiz de Mier. E. Oliveros. Valverde, 8, prój dra.</p>	 <p>Basa el suelo con mucha recogimiento por el mozo de limpieza del pavimento. Escobar Fortuny y C. Alcalá, 16.</p>
 <p>Para que quere el duque tantos millones, no puse en el techo tantas bombas? Escobar Fortuny y C. Alcalá, 16.</p>	 <p>En la gloria sirven en platos de plata curvas ramilletes de La Flor y Nasa. Plaza de Celenque, 1.</p>	 <p>Cayó un rayo en un traje de casa de Perquera, y no le hizo en el paño ni un siete tan siquiera. Magdalena, 20.</p>	 <p>Al que duerme en cama sobredorada los espíritus malos no le hacen nada. Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 1.</p>	 <p>¿Le duele a usted una mujer señor alférez? Pues vaya usted a casa de Tirso Pérez. Mayor, 73.</p>	 <p>De sobra saben niños y viejos que están de moda los azuleros! Escobar Fortuny y C. Alcalá, 16.</p>

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjera y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

En número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A que responsables y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primer derecho.
Teléfono núm. 2.160.
DISTRIBUCIÓN: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO



Al que tenga algún dolor dádle enseguida á beber Cognac fino de Moguer y se sentirá mejor.
obrinos de Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arsenal, 2



Estas eran horrosas. se han empezado a lavar con Colonia Palomar, y se han puesto tan hermosas.
Fuencarral, 24.
Droguería y Perfumería.



—¿Cómo ha podido brotar gelo en esta porcellina?
—Me he debido equivocar, y en vez de echarle bencina he echado un poco de Quina Palomar.—Fuencarral, 24.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID